

á alcanzar un precio inestimable ahora !... Me extraña que no haya usted oído hablar de este descubrimiento del señor de Courmansel. Todas las revistas de arte, no sólo de Francia é Italia, sino también de Alemania y de América han movido ya discusiones apasionadas, no acerca de la existencia del Amico di Solario, la cual no es dudosa, sino acerca de la extensión de sus trabajos. Se le va atribuyendo gran parte de la obra de Andrea: la *Virgen del almohadón verde* y el retrato de Carlos de Amboise en el Louvre, unos *Tondi* de César da Cesto, de Marco de Oggionno, de Boltraffio. Sostiene el señor Courmansel que el retrato de la Ambrosiana es suyo. á mí me basta que haya hecho este cuadro, añadió, y dió un profundo suspiro mientras colgaba de su clavo correspondiente la imagen de la falsa Casandra. Luego, con esa soltura tan graciosa con que los italianos expresan de manera intraducible cuando llaman á alguien *simpático*: « ¡ Bah ! exclamó, para algo sirve la desgracia, como ustedes dicen. Mi pobre dama ha perdido su pintor, pero este joven Courmansel ha hallado una mujer encantadora. Es el novio de una muchacha, una tal señorita Boudron, cuyo padre ciertamente no se la hubiera otorgado sin su descubrimiento. Este Boudron es un antiguo comerciante que se ha improvisado aficionado al arte, después de haber hecho su fortuna, y que se ocupa especialmente de los primitivos, ¡ un original !... Pero usted lo encontrará seguramente á poco que permanezca en Milán. Se hallan aquí. El joven Courmansel está terminando su libro sobre Cristóforo Saronno. Es el nombre que sugiere ahora. Sus inducciones le han hecho creer que su artista era de esta pequeña ciudad. Saca la consecuencia de que debió tomar su nombre como Andrea había tomado el de su patria, Solario, una aldeita de la provincia de Como. Son muchas hipótesis, pero ¡ *sara* !... »

IV

HACE tiempo, señora, que llamo á nosotros los parisienses, los provincianos de Europa. Pasamos sin cesar respecto de todos los incidentes de la vida artística que se verifican lejos de los bulevares, por alternativas de ignorancia y de admiración excesivas. Así nos ha sucedido acerca de los músicos alemanes y los prerafaelistas ingleses, los novelistas rusos y los dramaturgos noruegos. Espero el momento en el cual la pandilla de estetas gomias y de papanatas refinados que fabrican entre nosotros la moda, se va á apasionar por los desbautizadores de obras maestras. Entonces el *Amico di Solario* será el autor de la *Gioconda* y el señor Courmansel el invitado de todos los salones en donde se conversa. — El suyo hubiera sido uno de ellos, señora, si... Y yo mismo hubiera llegado tal vez á ser el *cornac* de este joven y de su *Amico* para usted y las preciosas necias sus amigas, — perdón — si... Toda esta historia no es más que el comentario de estos *si* y de estos puntos suspensivos. Pero no había ni *si* ni puntos suspensivos en mi espíritu, se lo juro, cuando salí del palacio Varenana por la estrecha y fresca vía Bagutta donde se eleva éste, algo humillado de mi total falta de erudición crítica, avergonzado de haberme dejado hipnotizar ingenuamente desde mi juventud con las imposturas del monseñor de Módena, mas, á pesar de todo, distraído por la bonita tarea de rebusca, iba á decir de policía, á la cual se ha entregado nuestro compatriota, y en el fondo dispuesto á olvidar á Courmansel, al conde Varenana, á la dama que había perdido su pintor, al *Amico di Solario*, y muchas otras cosas más, delante de una fotografía que no le descr biré. La tarde en la cual usted me la

dió estaba nevando. ¿Se acuerda usted? Aquel día se ha grabado en mi memoria, más claro y más azul que aquel en que me paseé en Milán después de esta visita. Esa fotografía es la que hallé en mi mesa al volver, y después de haberme concentrado en la contemplación de este semblante, del cual había querido huir, me sentí en este Milán tan abandonado, tan solitario, tan « ¡ pintor que ha perdido su dama ! » De repente, la estancia en esta ciudad donde estaba desde el día anterior, me pareció insoporable. « ¿Por qué no habría de ir á Florencia? pensé. Hay allí pinturas al fresco, de Benozzo Gozzoli, Angélico, y del Ghirlandajo que ningún Morelli atribuyó aún á ningún *Amico* »... Acerca de este nuevo proyecto — ya he dicho que usted me ha vuelto algo loco y le doy la prueba de ello, — bajé al despacho del hotel para pedir informes y el horario de los trenes. Por casualidad el despacho estaba vacío. Al esperar la vuelta del secretario, para distraerme me puse á mirar el cartel donde están apuntados los nombres de los viajeros de paso, y leo : *Sr. Boudron y familia. Paris.* — *Sr. Jorge Courmansel. Paris.* Era para creer en una predestinación, confíeselo usted. En el momento mismo en que acababa de enterarme de la novela del descubrimiento hecho por este joven, de un admirable artista desconocido, descubría yo que dicho joven se encontraba aquí ¡ en mi hotel ! Sí. La fatalidad quería que me viese mezclado en las aventuras póstumas de la *Cassandra descasandrada* y del *Vinci desvincizado*. Llega el secretario. En vez de interrogarle acerca de los trenes para Florencia, le pregunto lo que sabía yo muy bien, esto es, que si el señor D. Jorge Courmansel era el mismo que se ocupaba en cosas de arte.

— El mismo, me contestó el secretario; y añadió dando un vistazo al *hall* del hotel : justamente he aquí que viene de la calle.

Un joven alto, de fisonomía agradable, franqueaba el umbral de la puerta. Era muy rubio, casi bermejo, con la tez blanca y rosada, con buenos ojos azules, un poco salientes, un poco redondos, que miraban con ingenuidad al través de un par de gafas montadas en oro. Me representaba al primer golpe de vista el tipo cumplido del francés germanizado. He conocido un gran número de

ellos desde la guerra del 70, en particular entre los médicos y en la universidad. La nariz de éste, cómicamente respingada, su boca á menudo sonriente, le comunicaban un aire necio y farolón que su manera de andar aumentaba aún. Se adelantaba contoneando el busto, con ese paso alegre que revela una profunda satisfacción de sí mismo. Le estoy bosquejando un fanteoche, y hago mal. Emanaba también del personaje un candor que lo salvaba del total ridículo. En todo su ser resplandecía la buena fé. Había en él tanto del papamoscas como del apóstol, tanta necedad como inspiración. Dicho esto, el contraste era verdaderamente fuerte por demás entre este aspecto de necio ferviente y el milagro de perspicacia que suponía el descubrimiento del cual el conde Vareguana me había contado el sagaz detalle. Bastó esto para aguijonear mi curiosidad; ello es que, impulsivamente, saqué de mi bolsillo la cartera, de ésta una tarjeta y rogué al secretario que la entregase á mi joven compatriota. Contaba yo con la pequeña fama de mi nombre, y acerté. En cuanto Jorge Courmansel leyó mi tarjeta, se dirigió hacia mí con el corriente « querido maestro » en los labios, del cual se ha burlado usted cuando la gente de su mundo me lo lanzaba al rostro á más y mejor. En esta boca de joven estas dos palabras adquirían una sinceridad que hubiera desarmado su ironía. Visiblemente se alegraba, estaba casi emocionado con la idea de conversar con un artista cuyas obras conocía. No me acuse usted de vanidad, señora, bien lo sabe usted. ¿No soy un fatuo del pincel. Le doy aquí cuenta simplemente de un rasgo de carácter. ¡ Esta acogida bastaba para revelar algo de tan sencillo, tan fresco, tan poco tocado por la vida ! Que este ingenuo y tímido fuese al mismo tiempo uno de esos iconoclastas amargamente denunciados por el dueño del falso Leonardo, uno de esos intelectuales implacables que profesan la falta de respeto como doctrina, que no retroceden ante ninguna autoridad, ninguna tradición, era inverosímil — y me parece que discierno por qué, — muy natural. Los iconoclastas de esta especie, ó quizás todos, son devotos. Para ellos, destruir un ídolo, es servir á su fe. Éste, pude convencerme de ello en esta primera conversación, tenía la idolatría, el fanatismo de *La Crítica*

— con una L y una C más que mayúsculas, gigantescas. Antes de encontrar este ejemplar tan intensamente significativo, jamás hubiera pensado que una tarea tan árida, tan ingrata como lo es la de un erudito en arte, pudiera provocar exaltaciones tan violentas. Déjeme usted colocar una l y una c muy chiquitas á estas dos palabras, « la crítica », y traducirlas así: Criticar un cuadro en vez de gozar de él como usted, como yo, con sus sentidos, su imaginación, en una palabra, con todo su ser íntimo, es anatomizarlo, diseccionarlo línea por línea, punto por punto. Luego se empieza, para averiguar su origen y su historia, un paciente trabajo de empleado de oficina, una vida de ratón de biblioteca, semanas de rebuscas en papeluchos, formación de legajos, peritajes de escritura, letra por letra, punto por punto, infinitas comparaciones con fotografías. ¿Qué sé yo? ¡ Todo esto para llegar á una fecha incierta y á un nombre dudoso! He aquí lo que es la crítica. He oído yo al difunto Brouardel (había ido yo á la Morgue (1) para estudiar un color de cadáver; estaba pintando entonces á mi Ofelia que usted conoce), si, le he oído decir cargando alegremente la pipa con el dedo pulgar y con acento triunfante: « ¡ Hoy he hecho la autopsia número cuatro mil! » Y su semblante tan fino, con su barba bermeja, ya cana, expresaba un júbilo igual al de don Juan cuando hacía la lista de sus conquistas. El entusiasmo del joven Courmansel era el mismo al celebrarme, diez minutos después de nuestra recíproca presentación, los encantos de La Crítica, la excelencia del Método — ¡ otra vez con mayúsculas altas como las casas americanas! — mientras paseábamos de allá para acá á lo largo del *hall* del hotel. Un inglés echado en una butaca estaba fumando una corta pipa de madera — lo mismo que el profesor Brouardel — y se intoxicaba con soda y whiskey leyendo el *Times*. Dos damas americanas vestidas á la moda de pasado mañana, charlaban en voz alta y gangosa. Un matrimonio alemán disponíase á subir á un automóvil rojo parado ante la puerta, y el marido pagaba una nota al galoneado conserje. Usted desde ahí está viendo

(1) Depósito de cadáveres para su identificación.



Jorge Courmansel

el cuadro, ¿verdad? El iconoclasta estaba discursando. Me figuraba al escucharlo que el terror estremecía á todos los cuadros y pinturas al fresco en todos los museos é iglesias de Milán. ¿ Á quién le tocaba ahora perder su pintor entre estas Madonas y damas, Apóstoles y Reyes Magos?

— Todo está por hacer; ¿comprende usted, mi querido maestro? ¡ Todo!... He llegado á la convicción de que de cien cuadros no hay diez que pertenezcan al autor al cual se les atribuye, no, no hay diez... Los más dudosos son aquellos que están firmados... Ya lo sé. Hay Vasari. Pero Vasari es un texto que hay que repasar y está lleno de patrañas... Existen los archivos, pero están llenos de documentos falsos... Vea usted la

nota colocada por este abate Pierrotto al margen del manuscrito Caleffino. Pero llega La Crítica, "ella," reina del mundo, como se la debería llamar con más justicia que á la fortuna, con sus procedimientos infalibles, que son los de la ciencia. ¡ Ay, qué digna de apasionar es esta rebusca encarnizada de la verdad! ¡ Y muy divertida!...

Cuando se tiene el Método (decididamente sería menester escribir en mayúsculas nombres enteros que se deberían de pintar en colores, como hacía Barbey de Aurevilly para ciertos manuscritos) se está seguro de no equivocarse. ¡Qué alegría entonces de excitar el clamoreo de los ignorantes!... El día en que me permití publicar en un periódico de París un artículo afirmando que el retrato de la mujer del palacio Varenana no era ni podía ser de Leonardo, no se puede usted figurar el escándalo que se produjo. No tenía yo todas las pruebas, pero el análisis bien hecho no engaña ¡nunca, jamás!... Estas pruebas han llegado y son aplastantes: ¡El dibujo de Venecia, el « apócrifo » del monseñor, las cartas de Andrea Solario y, por fin, y sobre todo, el retrato que el conde Papalardo ha legado á la señora marquesa Ariosti!... ¡Ay qué suerte he tenido! No tenía yo el derecho de contar para mi *debut* con un descubrimiento de esta fuerza... Calcúlese que hace cinco años yo no era más que un discipulito de la escuela de Roma, que estaba en la duda de si iba á dedicarme á la arqueología, ó á la numismática... Porque usted no sabe, querido maestro, que esta entrada en la crítica del arte ha sido una verdadera novela...

Paróse unos segundos. Acababa yo de oír el himno de guerra del pedante, embriagado de orgullo en medio de las ruinas, ahora iba á recibir las confidencias del buen muchacho tan locamente enamorado que sentía la necesidad de comunicar su alegría á los transeuntes en la calle.

— Sí; una novela, repitió. Pero ya que el señor conde Varenana le ha hablado de mí, seguramente le habrá hablado de esta cuestión. Le habrá dicho que me iba á casar. ¡Ha sido tan bueno, tan benévolo para mi novia! Y tenía mérito, porque después de todo le he echado abajo su Leonardo. ¡Bah! llegará el día, y bien pronto, en que se vanagloriará de tener un Cristóforo Saronno. Aunque no hubiera sido yo quien ha descubierto á este pintor lo afirmaría con igual energía, porque ciertamente se estimará á Cristóforo, que ya cuenta entre los mejores... Pero le estaba hablando de mi novia. Es también prima segunda mía. Se llama la señorita Cristina Boudrón. Su

padre es el señor Don Julio Boudrón cuyo nombre conoce usted ciertamente. Acuérdesse usted; el modisto de la plaza de Vendome... Por cierto que su colección de primitivos ya está clasificada ¿no la ha visitado usted nunca? ¿No?... En París, si usted lo permite, yo le llevaré. Usted juzgará. No hay más que cuadros del siglo xiv y del xv y que los críticos pueden analizar como gusten; yo le respondo de ello. ¿Es raro, verdad? ¡Un gran modisto parisiense que trabaja en los sieneses y los florentinos de la buena época! Pero cuando el señor Boudrón vino á París de muchacho, empezó por frecuentar la academia Jullien. Quería ser artista. También tuvo él su novela. Encontró á la madre de Cristina, que era la belleza y la cordura personificadas. Trabajaba como obrera en casa de un modisto á la sazón muy en boga. El señor Boudrón se enamoró de ella y la dió su apellido. Para aumentar un poco los escasos recursos del matrimonio, tuvo idea de dibujar bosquejos de trajes que sometió después al patrón de su mujer, y resultó que en eso era un genio. Sus dibujos tuvieron tanto éxito que su señora y él se establecieron por su cuenta y fundaron una casa. Llegó el éxito y este fué prodigioso; pero ¡ay! el señor Boudrón pagó bien cara su dicha. Su mujer murió de repente, en la época en que iban á descansar después de haber hecho su fortuna. El señor Boudrón viajó por Italia para distraerse. El artista que dormía en el sastre para señoras, despertó. Se atrevió á hacer compras y á fe mía muy buenas... No digo que *alguien* no le haya auxiliado un poco; pero él ha sabido acoger los buenos consejos. Esta docilidad es tan rara como la competencia...

Ya había vuelto á aparecer el pedante con una sonrisa de suprema suficiencia. *Alguien* era él. El enamorado tomó luego su desquite con otra sonrisa muy tierna, muy agradecida, la cual me hizo perdonarle la primera amarga y altiva del dómine, y continuó:

— Desde que tengo uso de razón sostenía relaciones con los Boudrón. Este señor y mi madre, tenían el mismo tatarabuelo. Somos todos oriundos de Santa Claudia en el Jura. Pero yo, tercer hijo de un modesto escribano de provincia, llevando en París la modesta existencia de un pensionado para la licenciatura y la agregación, com-

prenderá usted que me sentía molesto en la suntuosidad del hotel de un comerciante millonario... Ni me atrevía siquiera á mirar á mi prima. Fué en Roma, donde intimamos, cuando el señor Boudrón llegó después de la muerte de su mujer, hace cinco años. Desde entonces nos hemos amado sin decirnoslo. Me he dedicado á la crítica de arte por este motivo. Dados los gustos del señor Boudrón he visto en ello un medio seguro de entrar en su intimidad. Y he trabajado con toda mi alma... Se ha dado cuenta de ello él, cuando me brindé á escribir acerca de su colección un libro del género de aquel que Adolfo Venturi ha compuesto sobre la galería de M. Crespi. El libro está terminado y en este momento se imprime. Además, he descubierto para esta colección dos ó tres cuadros raros. En fin, he tenido un nuevo huevo de Colón, — de este modo llamo yo á mi hallazgo, pues ¡era tan sencillo! — La resurrección del *Amico di Solario* ese Cristóforo Saronno, cuya obra maestra no conoce usted todavía. ¡Ya la verá usted!... Cristina ha aprovechado la ocasión para decir á su padre que me amaba y que no se casaría nunca con nadie más que conmigo. Nos hemos tomado los dichos aquí, á donde el señor Boudrón, ha venido, esto entre nosotros, para ver si podía comprar esa obra maestra del *Amico*, precisamente, el retrato de la marquesa Ariosti. Por desgracia los periódicos ya han hablado del asunto, y la marquesa conoce el valor de su cuadro. Pide por él cincuenta mil francos. Valdrá cien mil en cuanto mi libro acerca de Cristóforo Saronno haya aparecido. Cuento con ofrecer el primer ejemplar á la señora Cristina Boudrón de Courmansel, el día de nuestra boda. Pero es preciso que usted vea ese cuadro. Sí; es necesario. La condesa Ariosti lo guarda celosamente. Si abriera sus puertas, Europa entera pasaría por su casa. Mas como no puede negarme nada, mañana mismo tendré convenida la visita de usted...

V

EN efecto, merced á esta omnipotente protección, iba á ver muy de cerca ese retrato que no dudo habrá de perpetuar por siempre la gloria del *Amico di Solario* y del que lo descubrió; pero ¡en qué condiciones de cómica fantasmagoría! Esta visita en casa de la señora Ariosti no se verificó sino dos días después. Antes de llegar á ella, permítame usted, señora, qué le bosqueje todavía otros dos actores esenciales de la pequeña comedia que le estoy contando. Calcule usted que se trata del señor y de la señorita Boudrón. Yo no conocía á Jorge Courmansel sino desde breves horas, y ya me había presentado á su futuro suegro con la misma llaneza cordial que le había hecho contarme en seguida el idilio de sus esponsales. Me hallaba en el *hall* del hotel y me balanceaba en una mecedora después de cenar, imitando al inglés de la otra tarde, salvo que en vez de una pipa fumaba yo un cigarro puro. En vez de whiskey y de soda, me envenenaba con un vitriolo científicamente dorado en un laboratorio, y luego monásticamente bautizado con el nombre de chartreuse. Veo aparecer al señor Courmansel con las narices hacia el techo, como siempre, y con sus salientes ojos azules al acecho tras las gafas montadas en oro. Me divisa y se lanza sobre mí lo mismo que sobre un Cristóforo Saronno:

— Lo estaba buscando á usted, me dijo. ¡El señor Boudrón desearía tanto conocerlo!... Es uno de sus grandes admiradores, mi querido maestro. Si usted me lo permite, voy á llevarlo á su salón. Le está esperando.

Señora, usted me ha reprochado muchas veces lo que llamaba, con irreverencia, el orgullo de los artistas y literatos en reuniones. Pretende usted que nos parece escasa

toda deferencia. ¿Estamos en un error? Se nos da con demasiado facilidad el papel del mono sabio al que se le hace marchar con el dedo y por señas para distraer á la honrada sociedad. Acerca de este particular, los burgueses proceden como los duques. Al señor Boudrón le parecía muy natural el invitarme, por un tercero, á que subiera á su salón lo mismo que las grandes damas, á las que había vestido antiguamente, encontraban muy natural llamarle á domicilio. ¿Qué es un pintor para un millonario? Un artesano del color á quien paga quince ó veinte mil francos por retrato. El proceder era tan poco ceremonioso que vacilé durante un minuto; pero cedí ante la súplica que se leía en el semblante de Courmansel:

— He prometido que vendría usted... insistió él. Va usted á ser causa de que me regañen si no consigo decirlo...

Por sus ojos pasó una expresión de terror que, se lo confieso, excitó en mí más curiosidad que lástima. No se llega á ser retratista profesional sin que se desarrolle en el espíritu un gusto por la naturaleza humana que debe ser, según creo, el de los verdaderos novelistas. En el fondo, esta pequeña historia sentimental tan extrañamente mezclada con preocupaciones de críticas de arte, llegaba ya á interesarme. ¿Quién era esa hija de un comerciante enriquecido, asaz original para querer, con su dote, casarse con este pedante maniático, digno de enseñar estética en Königsberg ó en Tubinga entre los bárbaros? ¿Y este comerciante mismo, antiguo estudiante de pintura, transformado en gran modisto? Me resigné, pues, á seguir al novio, el cual me guió, momentos después, á un salón de la fonda. Delante de una mesa y de restos de postres, un hombre de mi edad y una joven estaban instalados, él de *smoking*, ella en traje de sarao, al pasó que Jorge Courmansel no había soltado el chaquet y los botines amarillos de por la tarde. Yo también vestía de *smoking*, pero no de propósito sino porque el criado me había dispuesto el traje. Yo no hubiera pensado que esta involuntaria elegancia iba á costar á mi *barnum* un ataque inmediato. Desde el primer minuto iba yo á conocer el grado de benevolencia con el cual el padre de Cristina trataba á su yerno. No acababan de cru-

zarse las frases de usual cortesía, cuando el señor Boudrón volviase hacia Courmansel, é irónicamente, con esa especie de chanza brutal, particular á la gente rica de escasa educación, le dijo:

— ¡Y bien! Jorge. ¿Me parece que el señor Monfrey no es burgués, y ya ve usted que se viste por la noche?... Es una antigua querella que tengo con este mozalbete, añadió volviéndose hacia mí: le repito á menudo: «Un intelectual puede ser también hombre de mundo...

— ¡Jorge tiene tanto que trabajar en este momento para concluir su libro! interrumpió la joven con un timbre de voz tal que en seguida hizo que yo le tomara cariño: ¡la voz correspondiente á sus ojos tan verdaderos, tan leales, tan tiernos! Después he sabido que tenía ya veinticuatro años y apenas aparentaba diez y ocho. Todo en ella era gracia y fragilidad. Su cabecita parecía la de una pequeña estatua griega, con hombros tal vez delgados en exceso, y facciones delicadas como las de una miniatura. Si hubiera podido escuchar su corazón en este instante, lo hubiera sentido palpar de emoción. El rudo apóstrofe dirigido á su novio la dolía como un golpe. Era evidente que el padre le tenía ese profundo cariño que inspiran á los seres muy fuertes esas criaturas que parecen demasiado débiles para la vida; pero no la comprendía lo bastante para evitarle las sacudidas de su carácter brusco. La amaba demasiado para no ceder en cuanto ella le hablaba con esa voz un poco ahogada, en la que su instinto paternal adivinaba una pena, sin que su grosería nativa le permitiera pasar del efecto á la causa, ni corregir la excesiva brusquedad de sus modales. ¡Cuántos de esos padres y de esos maridos de ruda estofa, de temperamento grosero he conocido, que llegan á tener aquél por hija, éste por mujer una de estas criaturas en todo iguales á las mimosas, esas plantas sensibles como animales á las que el menor contacto hace estremecer y contraerse! ¡Cuántas de estas flores vivas he visto perecer, agostarse, al contacto constante de seres demasiado ruidosos, afirmativos, fuertes que les dañaban simplemente por el hecho de existir, hasta sin sospecharlo y que las mataban á veces en fuerza de cariño! Esta diferencia fundamental de naturaleza, debió ser la secreta tragedia del hogar de este

viudo. Así se explicaba el amor de la joven hacia su primo. La había seducido con sus maneras dulces y conciliadoras, su carácter de sabio que lucha en la esfera de las ideas, y en todo lo demás incierto hasta la debilidad y enemigo de la acción hasta rayar en lo pusilánime. La frase agresiva del señor Boudrón, dejó á Courmansel desconcertado, rojo y balbuceó con una sonrisa forzada :

— Pero si no me he vestido ha sido por no hacer esperar á Cristina y á usted...

— Y yo, dije dirigiéndome al modisto coleccionista, si no hubiera pensado que podía ir esta noche al palacio Varegnana, ciertamente no me hubiera emperejilado de esta guisa...

— ¿Usted conoce al señor conde Varegnana, señor? interrumpió de nuevo la joven. Me había dirigido una mirada de profunda gratitud por el apoyo que había dado á su novio, y en seguida se aferró á la frase que acababa yo de pronunciar, no sin intención. Procuraba la joven llevar la conversación á un terreno en el cual el señor Boudrón y Jorge Courmansel estuvieran de acuerdo y en el que brillase aquel á quien amaba. No había duda de que se sentía un poco humillada á causa del papel inferior impuesto al joven por su padre. La facilidad de éste en aceptarlo no le agradaba tampoco. El sutil ingenio femenino es así: se diría que posee un sentido especial para apreciar en las relaciones de los hombres entre sí, esos matices que manifiestan las afirmaciones ó los retrocesos de una personalidad enfrente de otra. Y prosiguió : ¿Usted ha visto en su casa el retrato falsamente atribuido á Leonardo de Vinci, y cuyo verdadero autor ha descubierto Jorge? ¿No es verdad que se siente una íntima satisfacción al ver un genio ignorado reconquistar el honor que le era debido?

Sus dulces pupilas, tan claramente castañas, en una tez lindamente pálida se habían tornado esta vez hacia el iniciador de esta justicia póstuma. Courmansel le dió las gracias con el rubor de placer que le produjo esta alabanza. Había comprendido que ella quería compensar el proceder demasiado familiar de su padre. La amaba tanto como ella á él. El padre no obser-



Un hombre de mi edad y una joven... (pág. 38.)

vaba la muda comunicación de los novios; pero en el modo con el cual á su vez me miró mientras su hija se atrevía á hacer esta directa alusión al gran descubrimiento de su futuro yerno, sus sentimientos hacia el joven acabaron de hacerse evidentes para mí. Recibía la sugestión de Cristina y algo en él aun resistía. Admiraba á Courmansel, como hubiera aceptado una letra de cambio dudosa « bajo todas reservas ». Entre ellos existía este radical antagonismo de temperamento que exige que un gato y un perro colocado uno enfrente de otro se afron-

29812

ten en seguida. El señor Boudrón constituía el tipo acabado de cierto burgués parisiense de nuestra época: por su atavío muy esmerado, el corte militar de sus cabellos en forma de cepillo, una relativa soltura en sus movimientos, debida al masaje y á la esgrima, comunicaba la idea de lo que yo llamo « el hombre de los ensayos generales » porque el hombre « de los estrenos » ha ido desde hace tiempo á reunirse, con el *bulevardier*, al país de las modas antiguas. Los personajes de este tipo participan del vividor, del artista y del *sportman*. Tuve en seguida la impresión de que el señor Boudrón copiaba á alguien. Buscando en mi memoria comprendí que imitaba el género de mi colega Máximo Fauriel, el pastelista. Le ha tomado su porte de cabeza, sus entonaciones un poco secas, su barba cortada en punta á lo Enrique III, su monóculo cuadrado y sujeto por una ancha cinta de moaré, que un broche de oro une al chaleco. Sólo que Fauriel guarda, con toda esta comiquería, su fisonomía ingeniosa y suelta de pilluelo parisiense, mientras su falso imitador dejaba adivinar en cada gesto, en cada palabra, cierto esfuerzo á la par que incertidumbre. No estaba muy seguro de sus efectos. Con todo, la costumbre del éxito en una carrera, no está huérfana casi nunca de una verdadera superioridad de inteligencia y de energía. El notable comerciante se daba cuenta de ello y esta vacilación en su papel, no se oponía al profundo orgullo del individuo acostumbrado al mando. Había emprendido la formación de su galería por curiosa mezcla de sentimientos: la añoranza de sus primeras ambiciones de aprendiz de pintor, la vanagloria de ser citado en los periódicos y de hacer los honores de sus cuadros á célebres aficionados; también la idea de « gran venta » en caso de reveses de fortuna. Jorge Courmonsel al ayudarle con sus consejos, como de ello se alababa, para algunas compras, lo había á la par subyugado y humillado. Muy susceptible acerca de ese defecto de negligencia exterior, que la concentración en sus ideas mantiene fácilmente en los hombres de estudio, Boudrón sentía hacia el talento del novio de su hija, una hostilidad combatida por involuntaria deferencia. De ahí esa curiosidad aguda de su mirada. Iba á saber cómo yo, pintor conocido, co-

mendador de la Legión de Honor, con cuadros expuestos en el museo del Luxemburgo, juzgaba el pretendido descubrimiento del crítico, en vísperas de revolucionar la historia del arte. Y luego mi opinión podía tener su influencia sobre una decisión muy importante. El modisto, millonario, pero advertido, vacilaba todavía en pagar cincuenta mil francos por el cuadro legado por el difunto conde Pappalardo á la marquesa Ariosti. Se hizo más amena la expresión de su cara para el consejero de esta compra cuando hube declarado, apoyando con mi complacencia medio sincera el entusiasmo de Cristina:

— Sí, señorita; he visto ó, mejor dicho, he vuelto á ver ese retrato femenino. Se me había quedado en la memoria como tan notable, que me detuve en Milán hasta cierto punto á causa de él... Me contó Varegnana por qué maravillas de ingenio el señor Courmonsel había determinado el origen de esta pintura y soy de su opinión: reparar la injusticia de la posteridad hacia un artista desconocido, es una misión muy noble y bien digna de que un hombre de corazón consagre á ella su vida.

— Me abruma usted, querido maestro, dijo Jorge Courmonsel; pero le confieso que no tengo tan altas ambiciones. Las tareas de la ciencia ni son nobles ni dejan de serlo. Son verdaderas...

— Este es el punto en que disiento de él, señor Monfrey, dijo á su vez el señor Boudrón. Yo no soy más que un comerciante; pero me gustan los cuadros por ellos mismos, porque son hermosos, como gustan las flores, las mujeres, la música, el vino, todo lo que exalta, lo que embriaga. Jorge ama á los lienzos como un botánico á las plantas, para ponerlas en su herbario y etiquetarlas. Mi sistema es el bueno. Que sea de Leonardo ó de Cristóforo el retrato Varegnana, no es ni más ni menos admisible; ¿no tengo razón?

— No quisieras tú, sin embargo, que tu Juan Bellin, el que Jorge te halló, no fuera auténtico, exclamó maliciosamente Cristina. Yo también, papá, tengo razón.

— ¿Mi Bellin? exclamó el padre, no hay medio de discutirlo con su firma en letras versales en el cartón y una de las dos L más alta que la otra... Pero ¿quiere us-

ted ver la fotografía? me preguntó. Jorge, llame usted para que quiten la mesa... — Bueno, gracias...

La diplomática muchacha había empleado de nuevo para cortar la discusión el medio más seguro. En cuanto el coleccionista abrió en la mesa, ya libre, la cartera que contenía, con la reproducción del Bellin, la de todas las partes constituyentes de su museo, pareció que olvidaba la existencia de su futuro yerno. Sus manos de reumático con dedos gafos por los excesos de mesa y falta de ejercicio, ponían el mismo cuidado al desplegar las fotografías una después de otra, que antiguamente en desdoblar las piezas de seda, tejidas especialmente en Lyon, delante de las clientes maravilladas.

Algo patético había para mí en su visible piedad de semiignorante para las obras verdaderamente muy raras que su dinero, ganado de manera opuesta á su primera vocación, le había permitido adquirir, y eso me hizo perdonarle sus rudezas. Me admiraba también que en este principio del siglo xx, Italia, esta Italia revuelta, saqueada por todas las ansias de todos los aficionados de ambos mundos, fuera aún tan rica. En pocos años, un recién llegado había podido descubrir en ella ese Juan Bellin, una muy auténtica y soberbia *Transfiguración*, digna de la del museo Correr de Venecia — un bosquejo de Andrea del Sarto — un indiscutible *San Sebastián* de ese seco y vigoroso ferrarés, Cosimo Tura — una no menos indiscutible *Natividad* de Francisco di Giorgio Martini, el sienés, — en fin, unas diez maravillas de las cuales su reciente adquiridor con razón se vanagloriaba. De cada una de ellas tenía siete ú ocho fotografías que representaban el conjunto y el detalle. Mientras me las nombraba él, su hija ó Courmansel manifestaban sus impresiones. Sólo por estas advertencias hubiera podido adivinar el drama latente en estos esponsales. En ambos hombres se conocía una irreductible antítesis de naturaleza por su solo modo de reaccionar ante aquellas obras maestras. Ambos, ciertamente, las apreciaban, pero de modo muy distinto. ¡Y qué tacto tenía la joven para evitar los conflictos, por medio de preguntas incidentales! Sonriente, — pero un ligero temblor en los labios desmentía esta sonrisa — decía: « ¿Te acuerdas, padre, cuando fuimos á ese pueblo que hay cerca de

Siena, donde nos contaron que había cuadros antiguos? ¿Y el cochero nos explicaba por qué uno de los palacios se llamaba *Belcaro*? Hermoso, pero caro. — *Bel ma caro* había dicho el general español que lo tomó después de sangriento asalto... » Era sin duda por mí por quien ella evocaba este recuerdo, — pero solo en apariencia. Decía también: « Era mi vigésimo cumpleaños cuando comprastes esta *Dafne* que Jorge atribuye ahora á Bramantino. Tenías tanto deseo de ella antes y tanto gusto después, que se te olvidó felicitar me en mi día. ¿Es verdad? »

— Verdad es, contestó el padre; pero qué gracia, querido maestro, en esta *Dafne*. Era una real moza, ¿eh? ¡Qué bonito modo de colocar sus piececillos y estos cabellos que se cambian en ramas; qué flexibilidad! ¡Y este Apolo, ¡vaya un mozallón!...

— No es que lo atribuyo á Bramantino, dijo el novio que recalcó su certidumbre: es de Bramantino. Las manos y las orejas no permiten duda alguna. Estas manos de largos dedos, encanutados, flacos, los dos primeros reunidos, los demás separados; estas orejas, largas también, con el lóbulo inferior muy desarrollado casi puntiagudo... Mire, voy á enseñárselo en el libro de Morelli... Y diviso en una repisa un volumen ajado por el cotidiano uso, me designó una serie de orejas y de manos presentadas como ejemplo por el autor. Notas al lápiz cubrían el margen. Eran de su letra. « He indicado varios otros cuadros de los cuales no habla Morelli, donde se encuentran los mismos signos... » Había en esto un símbolo entero. Courmansel no llegaba á las artes sino al través del documento impreso. Boudrón marchaba franca y directamente, pero sin afinarse. Buena moza, mozallón y piececillo carecían por demás de *quattrocentismo*. Y sin embargo ¡hasta qué punto este modo algo vulgar de sentir era guía más seguro que la erudición del otro! El sastre para señoras dió aquella misma noche, de esta sagacidad instintiva, una prueba cuyo valor no he podido apreciar hasta más tarde. En el momento en que Cristina recogía los cartones que habíamos terminado de examinar, para colocarlos de nuevo en la cartera, pregunté al novio: — ¿No pudiera usted enseñarme una reproducción del retrato de la galería Ariosti?...

— No tengo ninguna, contestó un poco avergonzado. Esto me perjudica mucho para mi libro. Se niega la marquesa á dar fotografías de él hasta á mí mismo. Ya le he dicho que era un poco celosa de sus cuadros...

— ¡Ya! y permite que se venda en las tiendas reproducciones de todos los demás en tarjetas postales, interrumpió el señor Boudrón. ¿No le parece esto sospechoso, querido maestro?

— Es que no tiene otro que tenga esta importancia, dijo vivamente Cristina. Antes nadie pensaba en visitar su galería. No había más que cuadros de segundo orden. Ahora, si no cerrara sus puertas, Europa y América pasarían por ella. ¡Calcúlese, un tal descubrimiento!...

— Es posible, contestó el padre, pero no se conduciría de otro modo si dudara de la autenticidad de su cuadro...

— ¡Ah! exclamó Jorge Courmansel con una sonrisa triunfante. ¡Bien quisiera yo que dudara de ello! Podríamos obtener esta obra maestra por una copla...

— Mientras que quiere por él cincuenta mil francos, dijo el modisto coleccionista. Por mi Juan Bellin no he pagado más que diez mil.

— No se sabía que era un Juan Bellin, replicó el joven... Pero con tanta verdad que es un Juan Bellin, este retrato del palacio Ariosti es de Cristóforo Saronno, ya se lo he dicho á usted. Dentro de diez años valdrá cien mil francos. ¡Ande usted! El señor Ralph Kennedy no daría vueltas alrededor del cuadro si yo me equivocase... Es un millonario americano que saquea á Italia este año. Es justa la palabra. ¡No se puede calcular lo que se ha llevado ya!

— ¿Pero quién nos ha hablado de las intenciones de Kennedy? La señora Ariosti. Nosotros sólo sabemos que está en Milán. También desconfío yo de esto... Pero, querido maestro, usted verá el cuadro. Que sea una cosa buena, no digo que no. La tiara del Louvre también era una cosa buena.

— Yo la había declarado falsa desde el primer día, interrumpió Courmansel, y sin embargo no era mi especialidad.

VI

DE que se daba cuenta el joven de la aversión solapada del padre de su novia, recibí de ello la confianza de su propia boca dos días después, en el momento al cual llego, y mientras nos dirigíamos ambos al palacio Ariosti. La marquesa había hecho esperar su contestación veinticuatro horas. Había pasado yo estos dos días exaltando y martirizando alternativamente mi corazón en las delicias y melancolías de las villas *revisitadas*. ¡Señora, usted no tendrá siempre veintiseis años ni semejante elasticidad interior! ¡Á esa edad se está tan nuevo para las cosas y éstas también son tan nuevas para el alma!... Desde el momento en que place acordarse, es señal de que se envejece. Entonces soy viejo, bien viejo. Exceptuando lo que se refiere á usted, no tengo ya más que emociones retrospectivas. Había, pues, errado por los museos é iglesias de Milán buscando en ellos y encontrando muchas nobles obras de las cuales ya le he citado los autores, y buscando y hallando mi propio fantasma, otro yo mismo, un Monfrey bien diferente del desengañado de hoy, no por la sensibilidad, sino por la esperanza y esta fiebre de espera, este estremecimiento embriagado de la marcha para la vida. — En cambio nada había cambiado en los cuadros de antaño. ¡Qué enseñanza para un artista! ¡Qué consejo el de apoyar su ser en el arte, simplemente en esta tarea que, acertada ó no, escapa á lo menos á la acción mortífera del tiempo! La sensación nos engaña. El sentimiento también. Los que amamos envejecen ó cambian. La belleza, una vez fijada en un lienzo, en una pared, sobrevive en su imperecedera juventud á los ojos de aquellos que la contemplaron, á la mano que